INSUA, JORGE A.: *Psicología Médica*, Ed. Columba, Nuevos Esquemas, Buenos Aires, Argentina, 1967.

El libro cuya cita bibliográfica ofrecemos viene a llenar una sentida necesidad en la enseñanza de la medicina. Esto es así por cuanto su orientación, eminentemente humanística, coincide plenamente con la que actualmente recibe un énfasis especial en el campo de la enseñanza médica, y particularmente en el de la enseñanza de la psiquiatría.

El libro hace relevante la necesidad de una mejor comprensión de la relación médico-paciente y de los factores, tanto personales como socio-culturales, que la afectan.

Pocos son, en realidad, los libros de psicología médica y casi todos tienden, más que a esta orientación, a convertirse en textos de psiquiatría. Se olvidan, por lo general, que la definición del concepto "psicología médica" fue referirse, antes que nada, a la actitud del médico frente al enfermo. Ya Lotze, en 1852, hablaba, enfáticamente, de la "fisiología del alma" ("physiologie der Seele"), en su libro: *Medicinische Psychologie*. Más tarde, Kretschmer definió la psicología médica como "una psicología de la práctica médica". Es decir, la psicología

médica enfatiza el estudio y la comprensión del hombre como una unidad psicobiológica, con su propia historia personal y cultural.

Es en este sentido que la obra del Profesor Insua resulta, a la vez, refrescante y estimulante. Sobre todo por su marcado interés en estudiar la relación médico-paciente y "...los elementos psicológicos y psicopatológicos que intervienen..." en esta relación. Es evidente —con sólo leer la tabla de contenidos— que el libro pretende ofrecer una visión integral del hombre. Como punto de partida, estudia el organismo humano en su relación con el medio social del hombre. Define luego el concepto de personalidad, y analiza los factores que contribuyen a su desarrollo, para finalizar con el examen de la relación médico-paciente.

En síntesis, puede considerarse que el libro que reseñamos constituye una importante contribución, de gran utilidad para el estudiante de medicina y, particularmente, para la enseñanza de la psiquiatría en las escuelas de medicina.

GONZALO ADIS CASTRO

HORSBY JESSIE L., *Bernanos*: Ed. Columba, Colección Hombres Inquietos. Buenos Aires, 1965, pp. 102, traducción del Prof. Horacio A. Difriere.

La obra está dividida en trece capítulos, con unas "Notas biográficas" suplementarias y la enumeración cronológica de las obras póstumas. Al final se consignan "Algunos estudios sobre Bernanos".

El principal objetivo de éste es mostrar-nos al hombre que fue Georges Bernanos al través de sus obras. En cuanto su producción literaria presenta, en su aspecto esencial, el itinerario anhelante que le tocó recorrer en este mundo.

Este proceso aparece matizado y contrastado por luces y sombras que iluminan su paisaje espiritual y que lo presentan como un perso-

naje vigoroso que se debate constantemente entre los extremos de la paradoja, de los contrastes violentos, tratando de salvarse en cada momento, es decir, de salvar su persona del naufragio de un mundo que le parece estar ya al margen de toda posibilidad de salvación.

Su vida podría definirse como el azar puesto a prueba por la voluntad de un hombre que espera verlo perdido a sus pies, como una oportunidad suprema para encontrar el paraíso, bien sea en este mundo, bien sea en el otro (pp. 10-11-12). Al través de todos sus desastres sabe ser auténtico, independiente,

fiel a su vocación para poder realizar su vida, una vida puesta en medio del torrente, y al alcance de sus semejantes, al alcance de los "pobres" (14).

Bernanos escritor es presentado por la autora de este apasionante ensayo como el hombre que se entrega al llamado de Dios creando, escribiendo sus obras literarias. "Un crítico ha podido definir a Bernanos como un "novelista sacerdotal", en buena parte *por esta* concepción profundamente religiosa que tenía de su oficio de escriba (15).

Toda la verdad de su vida está encerrada en sus libros, en sus personajes. Es desde este punto de vista que afirmaba: "El arte tiene otro objeto que sí mismo"; "su perpetua búsqueda de la expresión no es más que la imagen debilitada, o como el símbolo, de su perpetua búsqueda del Ser" (19).

"La creación en vista de la eternidad", comenta Jessie L. Hornsby, "se convierte entonces en una de las vías de salvación, de la Redención, si acordamos que ésta significa la reconquista de la unidad original del ser y de la plenitud del ser, en la comunión con el Ser, más allá de las contradicciones, de los desgarramientos, de las negaciones, de la condición humana decaída" (10).

Hasta qué punto tuvo conciencia de lo poco que pueda alcanzarse en este afán de sacudir las conciencias por medio de su *obra* literaria nos lo dice Bernanos: "Conozco bien mi impotencia... todo lo que puedo hacer lo hago... abrumado por el sentimiento del ridículo, de la disproporción entre los acontecimientos y mi miserable esfuerzo por permanecer junto a mi mesa, trabajar, trabajar, trabajar. Tengo la impresión de reunir algunos granos de arena" (25). Estas ideas le quebrantan el corazón y crean a su alrededor una especie de vacío, de sentimiento de soledad, de sequedad espiritual, como dirían los místicos (41-42). No es más ahora la soledad lo que me rodea; es el vacío... "Esta soledad es la expresión de un alma insobornable que desea vivir únicamente la libertad de los hijos de Dios, en contra la esclavitud de los que proclaman la ortodoxia dogmática y en el plano temporal la utilizan contra el pobre, o en contra de los que enarbolan la bandera de la reivindicación social, de la "justicia social", para pisotear en su nombre el espíritu de amor, de caridad, que es la

esencia del cristianismo, con su odio contra la pobreza" (20-27). "Los santos bernanosianos, observa Hornsby, saben o aprenden en el sufrimiento, que hay una parte del dolor, de pobreza y de injusticia a la cual no se puede tocar sin suscitar una miseria y una injusticia más grandes, sin "desencadenar los monstruos", una parte de injusticia que hay que aceptar so pena de dejarse devorar, envenenar por la piedad, llegar a la blasfemia, al odio al mismo Dios" (94). De aquí su posición peculiar entre los católicos conservadores, de derecha y los llamados católicos de izquierda de su tiempo.

El capítulo IV de este ensayo se dedica a mostrarnos la peripecia interna de Bernanos vista en sus propios libros. Así "La Joie" es la novela por excelencia del "radiante espíritu de confianza y de abandono", la primera donde se entrevé la vida "transfigurada, iluminada", si no enteramente "reconciliada" (29). Casi en oposición a esta obra aparece "L'imposture" que representa la rebelión contra Dios, el orgullo satánico. Entre ambas habría que situar "Sous le soleil de Satan", por el carácter "trágico patético... del combate espiritual" en torno a la salvación que en él se libra.

Las cinco novelas que siguen, por su orden de aparición: "Un mauvais reve", "Monsieur Ouine", "Un crime", "Le journal d'un curé" y la "Nouvelle histoire de Moachette", entablan el combate de Bernanos contra el mundo de hoy, ("Estiércol de Job", "Lúgubre meadero") "devorado por el cáncer del fastidio", llegando a la reconciliación, "por el amor de Dios", consigo mismo, con su "pobre despojo", es decir con la pobreza y la soledad fundamentales de la condición humana" (33).

La producción novelística de Bernanos termina con la "Nouvelle histoire de Monchette", del hombre reducido a la más grande miseria, la miseria del hombre sin Dios, "que debe despertar un día sobre la espalda de Jesucristo".

Se agota el humor del autor para la creación literaria (es el año de la Revolución en España) y empieza el gran debate "para tratar de decir lo que otros habrían dicho mejor, si hubiesen tenido el valor de decirlo". "Este valor, agrega nuestro ensayista, lo tendrá él para decir que este mundo está en peligro de muerte y denunciar las causas y

los culpables. Las causas son que Dios se retiró de este mundo porque el mundo se organiza para prescindir de El, se organiza como si Dios no existiese; que los hombres han renegado de su alma, de su libertad, de su propia divinidad. Los culpables son todos los que han traicionado la vocación espiritual del hombre, la "vocación natural y sobrenatural" de la Iglesia, del cristiano, del francés, del hombre creado libre y a imagen de Dios" (34). De este período son: "Les grands cimetières" visión trágica, pero aún esperanzada, y "La France contre les robots", donde declara que el mundo está perdido y es ya indigno de ser salvado.

Finalmente, Jessie L. Hornsby nos presenta los "Dialogues des carmélites" como la obra más "reconciliada", la más profundamente "acceptable"... Allí, "el Magnificat esperado" desde "La joie" estalla verdaderamente en la Gloria cantada al pie del cadalso por las carmelitas de Compiègne, y sobre todo por la más "pobre" de entre ellas: Sor Blanca de la Muy Santa Agonía". Lo cual equivale a decir que Bernanos ha superado ya la desesperación, obteniendo "la más grande y la más difícil victoria que un hombre puede lograr sobre su alma "la de la esperanza" (38).

Salvación, soledad, libertad, tres temas que van buscando la problemática existencial del hombre Bernanos y a cuya explicación se consagran los capítulos V, VI y VII. "Salvación eterna de su pueblo, de su raza, del Hombre". Bernanos nos alerta en el sentido apremiante de que "ante todo hay que reespiritualizar al hombre. Para semejante tarea es el momento, urge movilizar, cueste lo que costare, todas las fuerzas del Espíritu... Hay que apurarse a salvar al hombre porque mañana no será susceptible de serlo, en razón de que no querrá ser salvado". Por salvación entiende la vida; el Cristianismo no es otra cosa que el amor de la vida, de una vida que se identifica con Dios. Su negación es el vacío, la muerte (45-46).

La soledad "trágica" es la que se vive en un mundo sin Dios o la que viven los hombres que alejan a Dios de sus vidas. El odio de sí es la condición del hombre caído, "odio contra el prestigio de su antigua grandeza". Este es el principio de "autodestrucción" que corroe y mina el alma humana degradándola y envileciéndola progresivamente: "el odio del Espíritu indecible... que no nos perdo-

nará jamás su caída inmensa" (47). Tal es el verdadero sentido del "mal" o de la "angustia metafísica" que acabará por atraernos la destrucción. En tono apocalíptico nos dice Bernanos que el "universo sin Dios... será pronto un universo sin hombres, con lo que hará resplandeciente la misteriosa solidaridad de Dios y el hombre, que es el más augusto misterio de los cristianos" (50).

La fe en la libertad del espíritu significa la confianza en el destino de los hijos de Dios, la confianza en el destino del amor: "parece, dice, que la libertad es la condición y el aspecto primeros de lo divino en el hombre, puesto que no hay amor sin libertad: sólo el hombre libre puede amar" (51). Sólo mediante la libertad puede lograrse la salvación: "Dios se rehúsa a salvar al hombre a pesar de él". Su batalla por la libertad lo lleva a señalar el peligro de todos los determinismos de la hora presente —el biológico, el sociológico, el económico, el histórico— "provenientes de una concepción puramente materialista del hombre". La materia es "muerta", y "la sumisión a la materia equivale a una dimisión del hombre ante todas las fuerzas de la muerte".

No escaparon a Bernanos los tremendos riesgos que conlleva el ejercicio de la verdadera libertad; "trágico dilema" en el que se arriesga a cada instante la salvación o la condenación.

Llegamos ahora, a tocar el meollo mismo del problema metafísico: la cuestión del ser y de la muerte.

"Tormenta en el seno del ser", se intitula el capítulo VIII. El hombre es una pobre criatura descuartizada entre dos intentos: el reino de Satán y el reino de Dios.

Dios es, ante todo, caridad "Dios es el Amor absoluto" o si se prefiere, Dios el Amor absolutamente Celoso. "Dios desea a su criatura con un deseo cuya menor representación nos reduciría a polvo".

De este amor procede el universo y el hombre, que es un sujeto de amor y de libertad, como su propio paradigma del que es imagen y semejanza. El mal es el principio de negación, esa "sustancia" negativa o Satán, que lleva el signo menos, la nada, el no-ser y está dotado de un dinamismo que se emplea a fondo para reducir la Creación y el hombre al caos original (59).

No admite Bernanos la definición del mal como una simple "ausencia", "la ausencia del bien". El mal tiene consistencia real, "es una realidad"; puede ser una "nada" en sí, sin forma, "insípida, incolora, sin frescura ni calor" pero toma vida en lo existente, en la carne y en el espíritu del hombre. Vive, se nutre, prolifera de lo mismo que devora".

El drama del hombre consiste en que su pecado contra el Amor ha sido asumido, mediante la Encarnación, por Jesucristo; desde entonces está "en Dios mismo esta especie de incomprensible tormenta". "En tanto que participa en la divinidad, el hombre mismo queda aprisionado por esta "tormenta" en el seno del ser, "estamos en el centro de este drama inmenso, estamos en el corazón mismo de la Muy Santa Trinidad". El hombre es la apuesta de la partida que juega Satán "en el corazón del hombre-Dios, donde la Humanidad tiene su raíz" (60).

El hombre no puede ni debe "negar su pecado, el pecado original ni tentar, so pena de desencadenar a los monstruos, la abolición de las consecuencias: la miseria, la "pobreza" esencial de la especie humana". Esto, nos dice Bernanos es más peligroso que negar a Dios (62).

Sobre este punto haría falta precisar el pensamiento bernanosiano, toda vez que en estas afirmaciones no se distingue claramente la "pobreza esencial" que es el producto de la deshumanización de la que procede del puro materialismo, es decir, la pobreza como injusticia que se dan los hombres entre sí. Cuanto él ataca en forma concreta la "justicia social", la identifica con una "falsa justicia" que desconoce "el pecado original y la miseria común". Una justicia, en suma, "que no practica la caridad", que "abdica de la dignidad humana a cambio de la seguridad del robot". *Haría falta una mayor documentación para comprender mejor el pensamiento de Bernanos, pues no es posible colocarlo entre los defensores del statu quo social. Su rebeldía auténtica no podía llevarlo en alas de la paradoja hasta cerrar filas al lado de los eternos defensores de las "libertades tradicionales". Si así fuera, la historia no dependería a su favor, ni las legiones de almas nobles que luchan en todos los campos por dignificar la vida del hombre.*

Del seno mismo de la tormenta del ser en la cual se produce el compromiso total del

alma sale un camino, el único practicable entre tanta confusión y mentira, entre esta enorme mistificación diabólica del mal y el "trágico misterio de la salvación"; este camino es, como diría Kempis, "el camino real de la santa cruz, la vía dolorosa del Calvario que culmina con la Muy Santa Agonía y muerte de todo salvador, de todo elegido por Dios".

El tema de la muerte y de sus caminos (capítulo IX) surge ahora como consecuencia de la mentira porque "La mentira es una parte de la nada que, introducida en lo vivo, le roe poco a poco, lo corrompe, lo gangrena y "termina por matarlo" (70). Esto es lo que le ocurre a uno de sus personajes, el abate Cenabre el cual es devorado por la mentira de su vida hasta no ser ya más que "una vana apariencia de hombre, un hombre hueco", un "cadáver". Lo mismo ocurre a otros personajes de sus novelas: Monchette Malorthy, M. de Clergerie, lo mismo que Fiodor y Francine, hasta llegar a Monsieur Ouine, que es ya la nada absoluta.

Es este poder de aniquilación lo que hace ver en la mentira la condenación eterna, irremediable.

La raíz de las tragedias de nuestro tiempo, pensaba Bernanos, es la mentira, sobre todo por su poder de corromper las conciencias. Porque "si la mentira llega a implantarse en las conciencias y encuentra allí otra mentira cómplice, con la cual está de antemano de acuerdo para una abyecta fecundación", entonces las conciencias se enferman, se pudren, cesan de ser "una fuerza utilizable para el bien" y corren el riesgo de ensombrecerse en la desesperación, en el "nihilismo radical" (75).

En función de la mentira se presenta ahora *el tema de la verdad y, más concretamente el de la inteligencia.* De ésta dice Bernanos que "no puede alcanzar sino abstracciones"; no puede alcanzar "la secreta verdad de los seres", y rechaza el dolor "como un puro absurdo", niega las contradicciones del hombre, por lo que la inteligencia ha servido a la mentira construyendo "un mundo falso", una sociedad "a la medida de un hombre imaginario" ... ella impone al hombre una civilización lógica, ciertamente —como el mismo diablo— pero de un inexorable determinismo, de una absoluta tiranía: en una

palabra, una Colosal Máquina donde el hombre mismo —si sobrevive— no será más que una máquina (76).

Desdeña y condena Bernanos la razón sin amor a la verdad, el puro orgullo del apetito de saber que no es otra cosa que una concupiscencia del intelecto, "una forma de lujuria"; "la del intelectual para quien la inteligencia no es una vocación sino una 'profesión', que se sirve de las ideas en lugar de servirles, que fabrica ideologías, sistemas, slogans y los explota en provecho de una nación, de una raza, de una clase, de un partido y de sí mismo" (77). Es así como vemos salir de los sistemas filosóficos "El animal totalitario..." el hombre de la metralleta, la bestia de presa "nazi, facista o marxista"...

"El 'pecado de conocimiento' no es un pecado sino porque está desnudo de amor o porque rehúsa el amor 'No hay más que un medio seguro de conocer: es amar'".

El infierno de este mundo es el reinado de los monstruos desencadenados por "arrancar a Dios de este mundo", la "guerra ob-

soluta", es decir la guerra sin razón, sin objeto ni fin que no podrá retroceder ante nada.

El hombre Bernanos ha sido mostrado a lo largo de estas épocas, pero *rezumantes*, como el "rebelde" que no es un "rebelde", como el hombre que no rehuye la prueba del tormento, del "juicio de Dios", consistente en afirmarse en el bien por el amor y en negarse a colaborar con el "enemigo", pero sin odio ni rencor. Es un cristiano "rebelde", no un rebelde cristiano, en suma, un hombre que aspira a la plenitud sin concesiones, sin cobardías; por eso apeló siempre a la "rebelión de las conciencias, a la insurrección del espíritu y hasta a la guerra santa". Su rebelión es "la rebelión de la plegaria", la rebelión del amor divino. La autora de este ensayo resume todas estas ideas, con las que Bernanos ponía fin a otro suyo: "No hay más que un error y una desgracia en el mundo; el no haber sabido amar bastante". ¿No es esta la rebelión, la guerra que decía Cristo había traído a este mundo?

JAIME GONZALEZ